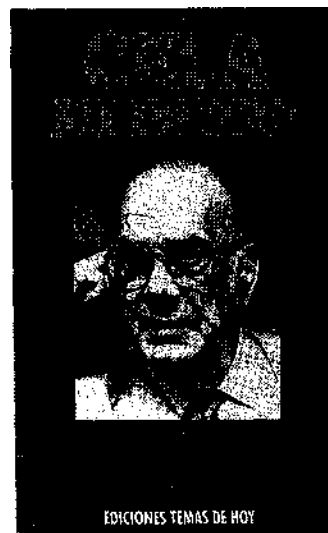


La vida de los escritores: Cela y Delibes

PEDRO CARRERO ERAS *

EN la recta final de 1989 ha aparecido una autobiografía deportiva de Delibes (1) y una especie de biografía sobre Cela escrita por su hijo (2). Creo que no es necesario justificar la referencia a estas obras en una sección sobre narrativa, no sólo porque lo biográfico puede considerarse como un género próximo al relato —aunque, al menos teóricamente, falte el ingrediente de la ficción—, sino porque siempre resulta ilustrador cualquier libro que arroje alguna luz sobre la vida y personalidad de los escritores citados, maestros de una gloriosa generación de posguerra a los que ya podemos considerar como clásicos. Además, los dos son hoy algo más que literatura, pues son noticia de viva actualidad: Cela, por haber obtenido el Premio Nobel, y Delibes —de su misma promoción, aunque más joven— por no haberlo obtenido, aunque no le falten méritos para ello.

Pero también estos dos novelistas tienen para mí un significado muy especial: Cela, un eslabón con los clásicos del Siglo de Oro y con la generación del 98, fue el primer autor español vivo que leí, y sus libros de viajes inspiraron buena parte de mis peregrinajes por tierras castellanas; sobre Delibes, al que



descubrí más tarde, he escrito un buen número de artículos que no son sino un pálido reflejo de mi interés por toda su obra.

Cela: voluntarioso y tremendo

CAMILO José Cela Conde hace en su libro una descripción detallada de esa impresionante fotografía de su padre que aparece al comienzo de *San Camilo*, 1936. Esa foto, la de un joven con los ojos incisivos en medio de un rostro demacrado, era, con su situación estratégica, todo un antecedente del contenido dramático del libro, y tenía todo el efecto de un túnel del tiempo que nos introducía en aquellos días dramáticos. Yo devoré el *San Camilo* con autén-

* Madrid, 1946. Profesor de Literatura de la Universidad de Alcalá de Henares.

(1) Miguel Delibes: *Mi vida aaine libre*. Barcelona, Eds. Destino, 1.ª ed., septiembre de 1989.

(2) Camilo José Cela Conde: *Cela, mi padre*. Madrid, Eds. Temas de hoy, 1.ª ed., noviembre de 1989.

tica devoción y lo acribillé de notas, aunque me desagradó esa dedicatoria del comienzo, por su inexactitud histórica, puesto que los españoles de uno y otro bando sí que habíamos dado velas a muchos extranjeros en nuestro propio entierro. Ése detalle no es sino uno de los muchos ejemplos en que las afirmaciones de Cela, tan bien construidas en lo que al lenguaje se refiere, provocan en nosotros reacciones contrarias.

Pero lo que más me interesa destacar de esa descripción de Cela Conde sobre la foto de su padre es el siguiente comentario, que creo viene a simbolizar uno de los rasgos esenciales de la personalidad del escritor y de su obra: «... resalta claramente una mirada dura, casi cruel, como la de un autor dispuesto a retratar un mundo en el que la piedad murió, hace ya tiempo, de frío y de soledad» (p. 20). Efectivamente, no hay sitio para la piedad ni para la blandura en el mundo que llena las páginas del novelista: el mundo de claroscuros y tragedias de una España intemporal, con sus lacras de siempre —las que tan bien han sabido retratar, entre otros, Quevedo, Goya, Valle-Inclán y Solana— y el de una guerra civil que ha dejado ya en la perspectiva y en los ojos del autor una marca indeleble de crudeza y tremendismo (sí: tremendismo, a pesar de lo poco que le gusta al novelista este cliché, pero que no deja de tener, dentro de lo convencional y relativo de cualquier palabra, su oportunidad ilustradora).

¿Todo es crudeza, pues, y visión despiadada en la personalidad humana y literaria de nuestro último Premio Nobel? Todos sabemos que más allá de la costra o de las conchas con que se presentan —y se defienden— ante los demás algunas personas, laten en ellas los mismos sentimientos comunes a todos los mortales. Quitemos, pues, la cor-

teza y al meollo entremos, como dice Berceo, y en este sentido algo nos puede ayudar el libro de Cela Conde —«detrás de la fachada de distante impertinencia que adopta a menudo con los extraños, Camilo José Cela es, en el fondo, un sentimental» (p. 48)— si es que la propia obra no nos descubre ya suficientemente esos otros rasgos humanos del novelista. (En un artículo titulado «Cela y su retablo de lujuria y muerte» que publiqué en el número de abril-mayo de 1988 en esta misma revista, decía yo a propósito del fondo dramático del mundo celiano: «El elemento lírico y poético es /.../el mismo que puede emanar de una procesión de mendigos, tontos de baba, prostitutas y lisiados, por lo que más que de lirismo habría que hablar de humanidad en carne viva.» Es decir, ese mismo retrato de la margilanidad que se aducía como una de las razones de la concesión del Premio Nobel.)

Creo que no es necesario insistir en el Cela tremendo según lo definimos al comienzo de esta apartado. En cuanto al voluntarioso, la biografía de su hijo es suficientemente explícita: Camilo José Cela no cree en la influencia de la mala suerte, coartada de perezosos, y aunque las fuerzas de la naturaleza imponen sus condiciones, todo puede conseguirse con voluntad. Sigue el escritor, así, lo que aprendió de su padre, el lector de Nietzsche. (En el libro de memorias *La cucaña* —del que, por cierto, poseo una primera edición— se reproduce una fotografía con la siguiente leyenda: «Mi padre en sus tiempos de lector de Nietzsche».) Muy ligado a la voluntad está el oficio de escribir, que no es inspiración, sino esfuerzo y trabajo con las palabras durante horas y horas «hasta sudar sangre en el empeño» (p. 117), como no se cansa de manifestar el escritor últimamente.

El humorismo, el desenfado, la desdramatización (o el tratamiento humorístico de las situaciones más dramáticas), la ironía punzante, la audacia y las actitudes escandalosas y provocadoras heredadas de las primeras vanguardias de este siglo con las que se pretende *épa-ter le bourgeois* conmovir la conciencia adormecida del oyente, son rasgos que se desprenden del retrato de Cela hecho por su hijo. El Diccionario de la Real Academia define el adjetivo *tremendo* en su primera acepción como «terrible y formidable; digno de ser temido», significado que, en este caso, se ajusta armoniosamente tanto a la forma de ser del autor como a su obra. En la reyerta de la sala de fiestas de Casablanca, digna de una pelea de un *saloon* del oeste, que Cela provoca y de la que conserva toda su vida una herida por arma blanca en la nalga, el escritor se convierte en personaje de sus novelas. En cuanto a otras payasadas, como improvisar un concierto de flauta ante un incauto crítico musical extranjero para rechifla de los amigos, debemos decir que no siempre compartimos el mismo sentido del humor, y que sin duda por esos y otros detalles no debe ser nada cómoda la relación con el personaje, nuestro *mostruo de naturaleza* —el de los españoles— más reciente, sobresaliente y familiar.

Pero no podemos dejar de añadir a este comentario otro que haga referencia directa al estilo y tono narrativos del autor de este libro, de Cela Conde, que ha sabido expresar con acierto esa misma informalidad de su padre y esas maneras de vida azarosas y, en tantos aspectos, tan fuera de lo común. La informalidad se transmite a la estructura narrativa de la biografía, que, aunque sigue un hilo cronológico —el que arranca de los primeros recuerdos del hijo de Cela—, tiene un resultado más bien

desigual —como el propio autor lo reconoce en el «Epílogo, a la postre, casi vergonzante»—, pues pone el énfasis en ciertos pormenores para silenciar otros o sólo desarrollarlos incipientemente, dejándonos con la miel en los labios. Se percibe, en general, un cierto desaliño en el relato, sin duda buscado, pues el objetivo no es, ni mucho menos, crear una obra literaria, sino aportar una visión —lo más familiar posible— del personaje biográfico. Cela Conde mantiene a lo largo de todo el libro un tono de ironía, y frecuentemente pasa del relato de la vida de su padre al relato de su propia vida, pero no sólo en lo que se refiere a los meros detalles circunstanciales, sino a la expresión de sus propias ideas y sentimientos a la hora de interpretar los hechos. Ante una personalidad tan absorbente como la de su padre, el hijo no puede por menos que expresar con buen humor y buenas dosis de filosofía —e incluso subestimándose graciosamente a sí mismo— lo que ha supuesto convivir con Camilo José Cela. La visión de lo que ha sido la vida de esas tres personas —el escritor, Charo Conde y su único hijo— es risueña y hace más referencia a los buenos momentos que a los penosos. Al lado de toda clase de divertidas anécdotas —como la de aquel guardia municipal al que Cela pidió el casco, con intenciones escatológicas, invocando la condición de ese objeto como de dominio público—, el lector encuentra muchos pormenores sobre: las ridiculeces de la censura de la época; la redacción de *La catira* —que permitió dejar atrás las penurias económicas debido a la cifra fabulosa que le ofreció el gobierno venezolano—; el establecimiento en Mallorca; las peripecias de su elección como académico; la aventura editorial de *Papeles de Son Armadans* y de Alfaguara; los encuentros y los amigos —como

Picasso y Américo Castro—; su actividad como senador por designación real, etc.

Una vida intensa de un escritor controvertido —ahora mucho más criticado que nunca en mentideros y tertulias— cuya obra yo no puedo dejar de leer, admirar y defender por lo menos hasta *San Camilo, 1936*, independientemente del recelo que me cause su talento y de ese genio que, en cualquier encuentro o entrevista, puede obligarle a uno a salir escaldado. El mejor punto final sobre su figura lo pone su hijo en las últimas líneas del libro: «Y Camilo José Cela, mi padre, es, sin lugar a dudas, uno de los personajes mejor logrados de toda su larga y fecunda carrera literaria.»

Delibes: una personalidad compleja

Mi vida al aire libre nos ofrece nuevos datos sobre la personalidad compleja e incluso contradictoria del famoso y deportivo escritor castellano. Creo que se equivocan quienes se imaginan a Delibes instalado cómodamente en un limbo de beatitud ecológica y rural. Su sentido dramático de la existencia, presente en toda su narrativa, se refleja también, en buena medida, en estas memorias. De sobras es conocida la llaneza y cortesía del personaje, esa *bonhomie* —permítaseme el galicismo, justificado por su ascendencia francesa— que tanto escasea entre los escritores. Pero a través de estas páginas, descubrimos las justas ambiciones de quien ha hecho del deporte en sus más variadas gamas —caza y pesca, ciclismo, fútbol, tenis, natación y montañismo— una actividad vi-

Miguel Delibes *Mi vida al aire libre*



Ediciones Destino *Ancora y Delfin*



638

tal de primer orden, de la que no están ausentes la competitividad, el dolor, la frustración y, por supuesto, la sinrazón propia de todo deportista apasionado —eso que los italianos llaman «malattia»—, como la de sostener hasta la extenuación un *set* de tenis, después de muchos años, en compañía de un amigo que le recogía a la puerta de su casa con un Jaguar descapotable, hecho que causaba entre sus convecinos una impresión de frivolidad: «Una segunda naturaleza, que yo tenía normalmente sofocada, se complacía en estos ritos. Tal vez no somos lo que aparentamos; quizá nuestra imagen no sea más que una máscara» (p. 117). Dos naturalezas, como la de muchos de los personajes de sus novelas —habitantes de un mundo cruel y contradictorio— y como la de la propia personalidad del cazador o del pescador, que mata lo que admira y aprecia.

Los datos de este libro nos sirven de ayuda para reconstruir la vida interior del escritor, pues éste se vacía mediante una de sus más poderosas pasiones: su comunión con el paisaje a través del deporte. Desde la perspectiva nostálgica de sus se-

sesenta y ocho o sesenta y nueve años, el autor de *La sombra del ciprés es alargada* evoca y reconstruye una naturaleza y unas hazañas deportivas que hoy ya son historia, porque esa naturaleza se ha deteriorado y porque es ya difícil encontrar entre quienes practican el deporte la misma capacidad de sacrificio, como, por ejemplo, la de salir a cazar con 18° bajo cero. Delibes evoca un comportamiento esforzado del deportista de antes, que con el pasar de los años, ha dado lugar a actitudes mucho menos heroicas: «El español quería hacer más cosas de las que hacía pero hacerlas cómodamente, con ayuda de la técnica, ahorrándose esfuerzos y dilaciones» (p. 220). El mismo sentido de desconfianza hacia los desajustes y las agresiones del progreso técnico que caracterizó su discurso de entrada en la Real Academia sigue inspirando implícitamente estas páginas. En los nidos de antaño ya no hay pájaros hogaño. Sirva como ilustración el siguiente ejemplo: sólo quienes sienten pasión por la pesca y quienes llegaron a conocer el cangrejo nativo de pata blanca, hoy desaparecido, pueden comprender la tristeza de un fluir heraclitiano del tiempo presidido por la contaminación y la degradación.

Por encima de todo destaca en el libro una filosofía del deporte basada en la práctica, en la actividad y en la identificación con la naturaleza, que no tiene que ver nada en absoluto con el simple espectador del deporte, como ese aficionado que en los campos de fútbol da salida a sus más bajos instintos. El intelectual —con su tendencia a apartarse de los gustos de la masa y a moverse a contracorriente— no suele demostrar demasiada pasión por el deporte, al menos por el deporte tal y como se entiende colectivamente, porque lo considera como una ocupación superficial, o como un sustitutivo de conversa-

ciones y reflexiones más interesantes y constructivas, o porque lo identifica con el opio que emburtece las conciencias. Aunque no faltan motivos para ello —por ejemplo, a causa de esa violencia o esa degradación que caracteriza en nuestros días al fútbol—, esa actitud, cuando es extrema, resulta tan aberrante como su contraria, (No puedo dejar de referir, en este sentido, una anécdota: en un reciente congreso de hispanistas celebrado en Barcelona hubo quien, en el transcurso de una visita turística a la ciudad, protestó porque el autobús *pasó delante* de las instalaciones del estadio olímpico de Mont-juich. ¿Hasta tal extremo llega el prurito antideportivo de algunos profesionales del pensamiento?)

Mi vida al aire libre, de Miguel Delibes, se sitúa a igual distancia tanto de los escrúpulos y prejuicios antideportivos que tienen su raíz en un cierto esnobismo intelectual, como de esa concepción del deporte entendida simplemente como espectáculo, como agresión o como ocupación pasiva. Me remito a la idea que antes apunté: gracias a este libro se puede reconstruir buena parte de la vida interior del escritor, y ese es, sin duda, su ingrediente más atractivo. Es una perspectiva íntima de las aficiones deportivas, que refleja su visión del mundo —del pequeño y del grande— en la misma línea de sus novelas. De la mano de sus recuerdos nos dejamos llevar por esos campos pelados de la Meseta: le vemos ir de excursión con su padre a bordo de un antiquísimo automóvil que se detiene con la misma tozudez de un mulo justo en medio de la vía por donde circula un tren de bolsillo; remontamos fatigosamente con él y con su bici esas cuestas que separan Va-lladolid de Sedaño, es decir, que le separan de su novia, o salimos de caza una mañana de invierno sobre una Montesa que suele ir perdien-

do piezas por el camino. Son historias —en las que abundan el humor y toda clase de ironías— de carretera y manta, de mucho viento azotando los páramos y de unos recursos técnicos para hacer deporte que, comparados con los de ahora, más bien parecen propios de una sociedad preindustrial. Son, en definitiva, historias de unos tiempos ya legendarios del deporte sobre los que el autor tiene, por experiencia propia, mucho que contar.

Como todo libro, este se presta a varias lecturas. Una es la que pone el acento más en la personalidad compleja del escritor que en la del aficionado y practicante de una serie de deportes. Por el primer camino sería posible una interpretación —no poco arriesgada— según la cual las actividades deportivas y al aire libre de Miguel Delibes constituyen un aliviadero de sus preocupaciones y angustias, o simplemente de esa inquietud intelectual de disconformidad con el entorno tan propia de todo escritor y tan peculiar de los narradores de su generación *tremendista*. Suponiendo que el mundo esté bien hecho, el de los hombres adolece de muchas aberraciones y desengaños, por lo que a veces se impone el *beatus Ule*, el apartamiento, la huida al campo aunque sólo sea suministrada en pildoras de fin de semana. Así es como vemos al Delibes de fusil y

morral que persigue perdices por altozanos y vaguadas, descubriendo y descubriéndose submarinidades paisajísticas que después reflejará en sus novelas. Muy significativas resultan, en este sentido, las siguientes consideraciones sobre los comienzos de su pasión por la pesca de la trucha: «Tan enfrascado estaba en mi nueva actividad que odiaba aquellos problemas profesionales o acontecimientos sociales que me apartaban del río, que quebraban mi ritmo de pescador» (p. 152). Esta clase de deportista encuentra en el campo una especie de paraíso perdido como, por ejemplo, el pescador de caña que remonta en solitario las corrientes de los ríos o el que siente transcurrir el tiempo plácidamente a la orilla de un lago. Un proverbio chino —viejo proverbio, naturalmente— enumera varias formas de felicidad, todas ellas limitadas en el tiempo, y concluye con estas palabras, que extraigo de un libro sobre pesca: «... si quieres ser feliz toda la vida, aprende a pescar».

Yo comprendo este libro de evocaciones deportivas y este entusiasmo de Miguel Delibes. Parte de su léxico castizo y colorista está en trance de extinción, como muchas especies. El famoso escritor castellano es, para sus lectores, uno de los mejores y más documentados corresponsales que tiene la naturaleza de tierra adentro.